rarnos de Celanova cosa de un cuarto de legua, vimos á nuestra izquierda eso que siempre queda atrás y tira de nosotros á modo de anzuelo para que volvamos á lugares ya conocidos. Era Villanueva de los Infantes y la Virgen del Cristal.

La Coruña; Octubre 1887.





## EN EL CASTILLO DE SOBROSO

do por vez primera trepé á la barbacana del feudal torreón, no existia en Mondariz establecimiento balneario, ni venían en romería al Vichy gallego gentes de alto copete, hombres de Estado, generales, infantes de Portugal y reinas morganáticas. Sólo algunos portugueses de la clase media, y tal cual hijo de Galicia que conocía las maravillosas virtudes de los manantiales de Gándara y Troncoso, se arriesgaban á internarse en estas montañas, á cuenta de avenirse al hospedaje singular que nos ofrecía cierto *Brasileiro*, en cuya mesa nos sir-

vieron veinticuatro días consecutivos pollo asado (y tísico) al almuerzo, á la comida y á la cena.

Como símbolo viviente de la implacable acción del tiempo, al paso que encontré relativamente trasformado al Mondariz termal, ví con pena que el viejo y romántico vigía de las rocas, el torreón de Sobroso, se ha desmoronado mucho más, y que sus nobles almenas se inclinan como la decrépita cabeza que no puede ya sostenerse en los hombros del guerrero inválido y centenario; mientras la invasora hiedra oculta por completo las medias lunas y los roeles del escudo que campea sobre la puerta de honor.

Lo que no ha cambiado poco ni mucho es la mala reputación de que en el país goza la subida al castillo. Ahora, como hace trece años, produjo terror entre los agüistas la nueva de que proyectábamos la ascensión á Sobroso, y si algunos afirmaban que no merecia la pena de molestarse para ver piedras colocadas unas encima de otras—sistema que considero extensivo á toda clase de monumentos, sin exceptuar las Pirámides—no faltaba quien opinase que llegaríamos á la cima exhaustos, sin aliento y con algo roto. La verdad, para que no se desanimen los agüistas futuros: es un juego la famosa subida. Apenas media legua de pendiente, á trechos no muy aspera; unas vistas deleitosas de valles y mon-

tes; un embriagador aroma de pinares y retamas, y al final, una impresión artística inolvidable, que á tres lustros de distancia he vuelto á sentir con la misma fuerza y acaso con mayor y más poética melancolía.

Justo es consignar aquí el nombre y circunstancias de los valientes expedicionarios que emprendieron conmigo la temerosa fazaña de asaltar el inexpugnable castillo roquero. Los presentaré en toda regla al público. Doctor Bernardino Machado, lente de Antropología en la Universidad de Coimbra, lumbrera de la pedagogía portuguesa; D. Luis Martínez de Velasco, caballero toledano, portento de erudición arqueológica, enamorado de las piedras viejas y de las ideas novisimas; Mercedillas Méndez Vigo, edad doce años, señas particulares, el pelo suelto y muy hermoso y muy ágiles las piernas; y por último, Enriquito Peinador, hijo del dueño de las aguas, once años, ojos árabes, cara de las más simpáticas, portador de una bandera española que resolvimos de antemano clavar en la torre del Homenaje al anunciar con dos toques de la corneta de caza que llevaba yo al costado nuestra victoria sobre los grajos y lechuzas, únicos defensores actuales del torreón misterioso.

Delante de nosotros, guiándonos en silencio, caminaba la *Tradicion*. Este nombre me plugo dar á la vieja que asumía el doble encargo de

conducir la cesta con los viveres destinados al pick-nick, y de referirnos, á la sombra de las murallas del castillo, las supersticiones, leyendas y consejas que acerca de él viven en la incansable memoria popular. Es de advertir que nada auténtico, ninguna noticia de esas que se desentierran de entre el polvo de crónicas y archivos poseía yo respecto al castillo de Sobroso, del cual sé únicamente que perteneció á los duques de Hijar, y que recientemente ha sido adquirido por D. Manuel Bárcenas, capitalista vigués; y esta ignorancia misma me preparaba mejor para oir el trémulo balbuceo de la Tradición veneranda-más cierta que la Historia, según dijo hace bastantes siglos el Estagirita.-Positivamente me alegré cuando el Sr. Peinador, dueño del establecimiento balneario de Mondariz, me manifestó que si bien existen en su poder documentos relativos á Sobroso, no podía exhibirmelos por no tenerlos aquí en el momento presente. Buenos son los documentos, pero mejores aún las maravillosas y romancescas creaciones de la fantasía ante unas torres que van desmoronándose, y el cuchichear de una aldeana sesentona, que conserva todo el candor infantil y sagrado del pueblo.

Alguna resistencia nos presentó el castillo antes que lográsemos penetrar en él. No con las ballestas de los hombres de armas ni arrojándonos plomo hirviente desde las saeteras, sino con la alfombra de *carrizo*, ó sea la hoja del pino, que en la cuesta casi vertical por donde trepábamos nos hacía resbalar y perder terreno á cada paso. Vencimos al fin la pendiente de la roca, y gateando por una brecha del adarve, á competencia con las lagartijas, nos colamos en el recinto de la fortaleza.

Serían las doce de la mañana. El sol, que nos había freido los sesos durante el último cuarto de hora, pareció eclipsarse; una sensación de frescura casi sepulcral nos sobrecogió de repente; una lechuza, ciega y deslumbrada, salió revoloteando, no sé si por la puerta ó la ventana del castillo; nos encontramos en un bosque, ó más bien en un callejón de magníficos laureles, y su balsámico aroma y el de la hiedra en flor nos hicieron prorrumpir en exclamaciones de alegría, porque el sitio era que ni soñado, y la naturaleza parecía complacerse en adornar con vegetación espléndida al combatiente feudal dormido, ó por mejor decir, encantado entre los laureles que acaso fecundizó con sangre.

Hace pocos días que ascendí á otro torreón, el de Monforte de Lemus, de románticas memorias, pero aquél se alza escueto y pelado en lo alto de la colina, sin que un solo festón de hiedra juguetee y se enrosque alrededor de su ceñudo almenar. Á mis ojos el de Sobroso, vestido

de zarzamoras, retamas y hiedras, cuyo tronco es más grueso que el puño de un hombre, perfumado por la esencia que el fuego del sol arranca á sus frondosísimos laureles, tiene superior encanto.

Antes de trepar á las alturas de la barbacana, tendiéronse los manteles sobre la yerba, al pie del más derruido lienzo de pared. Por un momento habíamos creído que la Tradición, rindiéndose à la pesadumbre de la repleta banasta, se nos quedaba atrás y nos abandonaba á los horrores del hambre. Pero el docto portugués Machado, que en toda la expedición demostró laudable celo por las vituallas, en breve nos trajo á la vieja y á otra aldeana que le servía de Cirineo (pues la carga no era para una mujer sola, según vimos al desocupar la cesta). Y si tributamos sincero voto de gracias al Sr. Peinador por el sabroso jamón en dulce, los finos huevos hilados, los pollos, el legítimo Oporto y el dorado Jerez, aun creo que, acallados los primeros gritos del estómago—que con las aguas alcalinas suele gritar fuerte-le consagré mayor gratitud por habernos enviado aquella profética lechuza, aquella Tradición que, sentada familiarmente cerca de mí, en el suelo, me contó las historias fantásticas de la torre.

La Tradición podrá frisar en los sesenta y pico; la boca desdentada; la tez seca, dorada y arrugadita como la manzana tabardilla que se conserva en madurero; la frente estrecha; las greñas rubicanas: la sonrisa entre inocente y socarrona; los ojos azul muy claro, blancos como ella dice, de una transparencia acuática. ¿Es candor ó malicia lo que brilla en el fondo de sus pupilas claras, cuando, después de referir una extraña conseja, inclina la cabeza y añade sentenciosamente.—Créanme, que es cierto?—Yo no lo sé: el alma del pueblo será siempre una esfinge. De cualquier modo, ahí va la versión castellana de dos ó tres cuentos que la Tradición afirmó como verdades de á puño.

Tenía ella un tío, el cual, siendo *rapaz* de cortos años, se atrevió un día, á la puesta del sol, á meterse, en busca de nidos, por el torreón de Sobroso. Al punto vió sentada en las almenas una doncella de singular hermosura, que peinaba su larga crencha rubia con un peine de oro (ni más ni menos que la *Loreley* de la antigua balada alemana.)

El rapaz se echó á temblar; la doncella le tranquilizó y díjole que le trajese manzanas de San Fuan (parece que son ciertas manzanas tempraneras muy coloradas.) Cumplió el muchacho el encargo, y entonces la dama del áureo peine le llevó de la mano á unos palacios suntuosos, donde un descomunal gigantazo les salió al encuentro, dispuesto á tragarse de un bocado

al chico. Mas la doncella acudió á su defensa, y no sólo ordenó al jayán que no le hiciese el menor daño, sino que le llenó la pucha de relucientes monedas de oro, encargándole únicamente que no pensase en aquel tesoro que se llevaba. Bailando de gozo se alejó el muchacho con su sombrero atestado de riquezas, y aunque procuraba no pensar en ellas ni chispa, hacia la mitad del camino se le ocurrió involuntariamente la idea sencillísima de que, en lo sucesivo, no tendría necesidad de bajar al río Tea á pescar truchas para mantenerse. Y apenas hizo esta reflexión, notó que el sombrero no pesaba nada, y se lo encontró lleno de carbones.

Después de este chasco de familia, la Tradición nos habló de unos salones subterráneos que por bajo de los cimientos del castillo llegan al *Couto redondo*, un *castro* donde en el país afirman que existe una catedral de oro puro y un regular ejército de gigantes destinado á custodiarla. Pero la más romántica leyenda de Sobroro es *Floralba*, la infiel esposa del viejo conde, que, abandonada por su seductor, ronda noche y día en torno del castillo donde fué castellana y señora en otro tiempo. El ultrajado esposo se muestra inflexible: álzase chirriando el puente levadizo; ciérranse las poternas; los siervos, amenazados de muerte por el conde si dan hospedaje á la infeliz, atrancan también la puerta de sus

cabañas; cae la noche lenta y oscura, y Floral-ba espira de hambre, frío y dolor, al pie de la sombría mole. Desde entonces, hasta hoy mismo, al sonar la media noche en punto, Floralba, vestida de blanco, con el pelo flotante, gimiendo é implorando piedad, se aparece sobre la torre del Homenaje y llama en vano á los portones—que ya no existen—y á la vacía cuenca de las ventanas por donde libremente circula el helado viento nocturno.

Pensando en tales historias, que nada tienen que envidiar à las que aun se cuentan al borde del Rin, ascendimos por el interior del torreón, escalando desmoronados sillares, y agarrándonos á las matas de laurel, hasta la barbacana, y nos sentamos, teniendo á nuestros pies un mediano precipicio, tras de nuestras cabezas la torre del Homenaje, accesible sólo á los fantasmas, y en frente, à lo lejos, las sierras de Portugal, plomizas y azuladas, bien recortadas sobre el claro firmamento. Convinimos en que el castillo, del cual se refiere que fué presa de las llamas en remotos días, debe de haberse reconstruido en el siglo xv, hacia la época de la guerra de los Hermandinos; porque sus piedras están labradas con suma regularidad y perfección, y no cabe forma más correcta y elegante que la de sus ventanas y poternas. Parece una admirable decoración de ópera; su mismo aspecto ruinoso contribuye á ello.

Al separarnos de tan hermoso cuadro, se nos había pasado por las mientes cierta idea que, á no ser por el reuma de algún expedicionario y otras pequeñas dificultades, sería óptima y redondearía la excursión. Tratábase de enviar al establecimiento por unas mantas, encender enorme y aromática fogata de ramas de laurel, y aguardar, á las doce de la noche, la aparición de Floralba... Puede que la blanca y arrepentida castellana no nos hiciese el gusto presentándose; mas de fijo que la luna, Floralba de nuestro planeta, á cosa de las once ya dibujaría en el cielo un airoso creciente, y á su luz y á la de la hoguera, el torreón adquiriría vida fantástica, y del valle se alzaría, entre argentina bruma, larga procesión de espíritus... En fin, el reuma es cosa desapacible, y à Mondariz, después de todo, no se viene para ganar alifafes, sino para curarlos.

Balneario de Mondariz; 24 de Septiembre de 1887.





ONIVERSIDAD DE NUEVO LEON.

\*\*ALFONSO PLEYES\*\*

ADAG. 1625 MONTERREY, MEXICO.

## EL PAÍS DE LAS BENDITAS ÁNIMAS

Á D. Luís Martinez de Velasco.

o vaya alguien à figurarse que las ánimas à que se refiere el encabezado de los presentes renglones somos los agüistas, por muy en pena que le traigan, à cada cual allà dentro, sus respectivos achaques hepàticos ó gástricos. Nada de eso. Los enfermos de Mondariz, al menos mientras dura el buen tiempo, son ánimas regocijadas, y al parecer más que à blindarse contra dolencias, vienen aquí à pegar cuatro brincos en el salón, beber excelente leche de vacas, y entonar cantigas sentimentales.